

Soledad Puértolas

La ciudad vista por Polo Pita

Soledad Puértolas nace en 1947. Master en Literatura y Lengua Española por la Universidad de California. Ha colaborado en periódicos y revistas con artículos sobre temas literarios.

Leopoldo Pita nace en 1944. Ingeniero industrial. Reside en California durante cuatro años. En la actualidad es profesor adjunto de Matemáticas en la ETSIIM y se dedica a la pintura.

El Nuevo Club de los Buscadores de Oro decidió pasar las vacaciones de verano unido. Mis padres, en premio a mis buenas notas, consintieron en dejarme marchar con la familia de Terry a su casa de Deveraux. La invitación les cogió de improviso y sin precedente alguno en el álbum familiar de sus recuerdos. Dijeron que sí del mismo modo y con la misma convicción que me hubieran dicho que no. Pero dijeron que sí. Para mí era una experiencia insólita. Viajar con los Lennox era ser un Lennox temporal, y yo tenía tanta curiosidad por saber qué era un Lennox como por aterrizar en la luna. Ambas se quedaron frustradas.

El vaquero, la dama, Eileen y James viajaban en el «Cadillac». Terry y yo íbamos en la rubia, con el chófer, Linda y una criada. Durante el viaje pensaba en Deveraux; nunca había estado allí, pero tenía en mi cabeza una imagen de cómo podría ser. Luego fue distinto. Se convirtió en un escenario real, invadido de personas reales. Pero seguía siendo un sueño.

Llegamos al atardecer. Una luz rojiza se extendía por el aire y teñía nuestra piel cansada del viaje. Terry y Linda, que dormitaban, se animaron súbitamente y comenzaron a mostrarme cien lugares a la vez:

—Esa es nuestra casa.

—El puesto de los helados.

—Han pintado de rojo la cafetería.

Mis ojos iban de un lado para otro, llenos del temor que inspira el paisaje desconocido y anhelado. Como la primera vez que me encontré en el interior del séptimo piso de El Cielo, 2002, enmudecí y deseé no haber deseado ser amigo de Terry. Pero eran arrepentimientos tardíos e irremediables. Cuando la rubia dobló por la ancha avenida que bordeaba la playa, mi cuerpo se estremecía, traduciendo el temblor de mi espíritu empequeñecido. Y allí estaba la casa, tal y como la había visto en las fotos y como Terry me la había descrito, recogiendo toda la luz que quedaba en la tarde, indiferente a las luces que asomaban desde su interior. Miraba al océano, eso era lo único que le importaba, la habitaran o no.

Aquella noche, tendido en la cama paralela a la de Terry y cubierto con las sábanas ligeramente húmedas, sentí que el verano no era únicamente una estación. Era una edad. Era nuestra edad. No se lo dije a Terry, pero me dormí consolado por mi hallazgo poético y decidí que, antes que nada, los días que había de pasar con los Lennox serían una experiencia. Yo era un buscador de oro en un país extraño. El otro buscador de oro, ajeno a mis preocupaciones,

dormía profundamente dándome la espalda.

Por la mañana, durante el desayuno —y no era un desayuno formal, sino caótico, al que los habitantes de la casa se incorporaban desordenadamente—, comprendí que tenía un aliado en el nuevo país. El señor Lennox, sentado a la cabecera de la mesa, se hallaba muy ocupado en dar cuenta de su abundante desayuno. Al verme, hizo un leve ademán de levantarse, tras el cual me dijo amistosamente:

—Te has levantado muy pronto.

Me mostró fugazmente sus dientes, mientras me indicaba una silla con su mano huesuda:

—Síntate y come. Los días son aquí largos y conviene estar preparado.

Le obedecí fielmente. Me había dado la orden que yo necesitaba y en el tono preciso.

Durante el largo rato que duró aquel primer desayuno, el señor Lennox y yo, solos en el comedor, intercambiamos alguna frase cordial y miramos el inmenso océano esmeralda, ligeramente curvado tras el ventanal. Pero sobre todo comimos, equipándonos para lo que los días duros del calor podían traer.

Soledad Puértolas.

